

Las referencias de La cólera de Aquiles son también de obligado cumplimiento: no sobra, en estos momentos, una lectura elemental a ciertos capítulos de Recuento, matriz de todo el proceso, ni a Los verdes de mayo hasta el mar. En el fondo del lago brillarán otras máscaras ya conocidas por los lectores, geografías familiares en Luis Goytisolo, puntos de sutura en el propio recuerdo del lector, en la memoria de otros rincones novelísticos ya precisados en cualquier parte por el mismo autor, una tierra ya hollada, cómplice (a la tercera) del ejercicio de la escritura. El texto no descarta ninguna de estas posibilidades. Las encierra a todas en su montaje a tres, en su puesta en escena de sacrificio trinitario: la asunción de tres conciencias, cuyos elementos se encierran en uno solo, son uno solo y fundamental: el autor girando en los vértices del triángulo, el mismo vértice de su propio triángulo narrativo. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Ruiz Ramón: la ironía de los clásicos

Existen distintos modos de plantearse el trabajo crítico. Y uno de ellos, al que pertenecen los estudios que aquí comentamos, es el de combinar el conocimiento del material analizado con una serie de preguntas que se alzan, un tanto polémicamente, más allá de las respuestas claras y seguras.

Los temas abordados por Francisco Ruiz Ramón en "Estudios de teatro español clásico y contemporáneo" (Fundación March/Cátedra) se dividen, como indica su título, en dos bloques perfectamente diferenciados, aunque trabados dentro de un mismo discurso, en la medida en que de los clásicos se analiza, sobre todo, el tema de su "lectura actual", que es, a su vez, indiscutible de una serie de supuestos socioculturales que afectan al teatro contemporáneo. El terreno es, pues, difícil. Y lo admirable de buena parte del libro es lo que cabría calificar de la solidez de su audacia, del pertrecho de argumentos con que Ruiz Ramón se planta, dejando al lector en libertad, en el campo de las preguntas reveladoras, de las interrogaciones irónicas, frente a muchas respuestas falsas y convencionales.



Francisco Ruiz Ramón.

Refiriéndose a la interpretación conservadora —escénica y en el ensayismo literario—, que han merecido generalmente nuestros clásicos, al menos desde algún tiempo a esta parte, Ruiz Ramón alude a lo que él llama la "ironía del dramaturgo", expresada en la contradicción entre las palabras y los comportamientos de los personajes, entre las palabras que apuntalan el sistema establecido y los comportamientos cuya doblez o crueldad, bajo el "acatamiento verbal" al sistema, lo que hacen es cuestionarlo. La idea de "espacio histórico", es decir, la época en que se lee o representa la obra, interviendría como un elemento decisivo de su lectura; elemento absolutamente consustancial a toda obra que, desde su misma creación, está ya en un "espacio histórico" y, por lo tanto, se confronta con él en el interior de cada espectador o de cada lector. De ahí el valor de esta "ironía" del dramaturgo, que contaría con la complicidad insoslayable del "espacio histórico". ¿Acaso no ha sido ése, entre nosotros, el mecanismo expresivo que ha permitido la existencia de un teatro antifranquista censurado por los funcionarios del franquismo? ¿Por qué no trasladar a la visión de los clásicos esa misma idea de "remodelación" de un texto por el "espacio histórico"? ¿No estará en la desatención a la ironía autoral —al menos en determinadas obras— una de las causas del reiterado fracaso, de la creciente "invisibilidad", por utilizar el término propuesto por Ruiz Ramón, de los clásicos españoles? Como se ve, el debate planteado por Ruiz Ramón es importante y se alza tanto contra la escue-

la angloamericana, que resuelve la crueldad o arbitrariedad de nuestros clásicos —en las que Ruiz Ramón advierte la ironía—, apelando a los criterios de la "justicia poética", como contra las interpretaciones que, aceptándolo (Menéndez Pelayo) o denunciándolo (Maravall, Díez Borque), lo proclaman un inequívoco instrumento del absolutismo...

En el campo del teatro moderno, los análisis del Ruiz Ramón se muestran también singularmente sensibles a las relaciones entre nuestra historia teatral y nuestra historia política, señalando algunos de los precios que aquella tuvo que pagar a ésta.

El conjunto de estudios formaron parte en su día de un ciclo de conferencias dadas por Ruiz Ramón en la Fundación March. Su edición nos permite disponer de una serie de valiosas reflexiones de quien es ya uno de los hispanistas —en el sentido empleado en la Universidad americana—, que más se han esforzado en enmarcar el estudio del teatro dentro de una realidad social. El que a veces echemos de menos cierta contemplación de la "poética escénica" —que distingue al teatro de la literatura dramática— quizá no sea un defecto que deba achacarse a Ruiz Ramón, en tanto que sería el reflejo de una historia teatral que ha confundido demasiadas veces el teatro con la ilustración de un texto. El hecho de que, por ejemplo, al estudiar el teatro de Unamuno, Ruiz Ramón apunte que nuestro don Miguel "no encontró su Jacques Coqueau" muestra, en todo caso, que es claramente consciente del problema. ■ JOSE MONLEON.

O. W., en el espejo

Hay poetas que saben el secreto de hacer de su vida una obra de arte; en realidad, todo verdadero poeta sabe eso. Pero casi todos se conservan inéditos, se esconden tras el telón de su obra o, en último caso, sirven de fondo a ésta. No fue así con Oscar Wilde: se exhibió a la luz más cruda, proclamó haber puesto su genio en su vida y sólo su talento en su obra; supo ser contemplado, porque él mismo se había contemplado mucho. Y encarnó diversos papeles: maestro de estetas primero, rey de la vida después, preso casi franciscano más adelante y, por último, matador de sí mismo.

Su rostro me contempla ahora desde la portada del libro que otro poeta, Luis Antonio de Villena (1), ha escrito sobre él. Es un rostro ancho y de serena apariencia, donde flota una leve sonrisa; es el rostro de la esfinge. No en vano fue la esfinge su animal heráldico, al que dedicó uno de sus poemas más logrados. Pero, al contrario del personaje femenino de una de sus narraciones, una esfinge con secreto. Se ve de inmediato que ese rostro es una máscara y que tal máscara revela, más que oculta, su secreto; en realidad, las máscaras están hechas para eso, para que sepamos que hay un rostro detrás. Es la expresión de una filosofía, que puede expresarse en la frase, escrita en francés, por el propio Oscar que abre el libro de Villena: "No debemos mirar ni a cosas ni a personas. No debemos mirar sino a los espejos. Porque los espejos no nos muestran más que máscaras". Wilde, que se miraba mucho al espejo, vio siempre su máscara, y dedicó su vida entera a perfeccionarla.

Con mucho acierto, no ha querido Villena, en este librito elaborado para una colección didáctica, separar la vida y la obra de Wilde en dos bloques diferenciados; en esto ha sido fiel a la estética de su retratado. Y nos ha desvelado, uno tras otro, sus secretos, la verdad de sus máscaras, sin recurrir para ello al cómodo pero ineficaz recurso del psicoanálisis. Ha logrado hacer

(1) "Conocer Oscar Wilde y su obra". Dopesa.

Oscar Wilde, por Toulouse-Lautrec.



ADIOS A LAS LETRAS

Entre los anglosajones

Raymond Carr, historiador anglosajón, presentó hace unos días en Madrid la obra que ganó el último Premio Espejo de España de Historia, que concede la editorial Planeta.

Decía José Hierro que, antes, en este país, cuando se moría un español se mullaba el Universo. Se helaban los gritos de los andaluces, acababa el misterio socarrón de los gallegos.

Todo ha sido sustituido por los anglosajones. Ahora, desde hace algunos años, cuando resuelta un intelectual anglosajón se paraliza el universo hispano, porque de esa respiración puede surgir la explicación insuperable de lo que nos pasa.

Los españoles vamos al médico para cualquier cosa, desde las amígdalas al dolor corporal, pasando por el cáncer. Cuando los doctores son extranjeros, mejor aún, porque este país de xenófobos disfruta, sin embargo, con la curación en idiomas foráneos. Es curioso este Estado monárquico, de perspectiva democrática: conserva en lo hondo de su ser un chovinismo impenitente, que surge en los gradientes, pero que se oculta cuando es la ciencia nuestro campo de competición. Si a Severo Ochoa no le hubieran dado el Premio Nobel, otros científicos, preferentemente extranjeros, serían los ídolos de la ciencia española.

Los españoles también vamos a los médicos históricos. Los aboristas prefieren Londres para resolver sus necesidades fisiológicas perentorias, lo cual está muy bien, porque aquí, por muy buenos abortólogos que tengamos, no las dejarían someterse de manera relajada a la operación conveniente.

Los médicos históricos que preferimos los españoles son los anglosajones. Primero tuvimos a Hugh Thomas, que nos dijo de corrido, como un buen empujón del Foreign Office, lo que había sido nuestra guerra civil. "Hay que ver —decíamos nosotros— todo lo que sabe este inglés y qué poco sabemos nosotros de nuestras propias barbaridades". Luego tuvimos otros intérpretes hispanos de nuestra Historia, pero ninguno igualó al ilustre británico, quien además ahora nos da en fascículos su Historia ejemplar.

En la presentación del libro de Raymond Carr y de Juan Pablo Fusi (este último, un español que trabaja en Oxford, como Carr), Víctor Alba, finalista del Premio Espejo de España, dijo algo que ilustra este

apego que tenemos los españoles por la Historia que nos hacen los extranjeros. El señor Alba, autor de "El Partido Comunista de España", la obra finalista, desafió al PCE a que refutara su teoría, pero aclaró que no aceptaría tal remiendo si provenía de tuñones y bergamínes (sic). Es de suponer que el señor Alba aceptaría la rectificación si viniera de la mano limpiada de Raymond Carr, Hugh Thomas o de la del propio secretario general del Partido Comunista británico. Las opiniones, dichas con un poco de acento, son mucho más convincentes.

El libro de Carr y de Fusi se llama España, de la dictadura a la democracia. Fue muy oportuno su premio, porque coincidió con la etapa final de las recientes legislativas españolas. La televisión nuestra (la más ajena de nuestras televisiones), que había mantenido un silencio casi estricto sobre los temas políticos nacionales, aprovechó la presencia de Carr para que el historiador anglosajón apareciera en la pequeña pantalla: "¿Y qué le parece a usted todo lo bueno que Suárez ha hecho por este país?", le preguntó una locutora desabrida: "Ah, Suárez", vino a responder Raymond Carr, feliz de hallar pregunta tan perspicaz en momento tan oportuno. Pues, Suárez, dijo él, es una excepción a la regla, la elección eficaz para olvidar a Arias. Esas cosas tan eficaces que dicen los historiadores. Televisión Española le dio casi diez minutos de un telediarlo. Ya quisieran tuñones y bergamínes igual despliegue.

Oírían a Carr con deleite nuestros políticos, y nuestros banqueros. El Banco Urquijo fue el generoso donante del dinero que, en parte, ha mantenido el Centro de Estudios Ibéricos que Carr animó en Oxford. Tom Burgs, anglosajón trasplantado a España por la vía Marañón, se encargó de recordar este extremo y de decir que esturdó a Jovellanos y las Cortes de Cádiz en el acto de presentación del libro de Carr y de Fusi. Luego, Javier Tussell, ajeno a toda sospecha progresista, pondría a parir a los comunistas en la presentación del libro de Alba. Este último describió la sinuosidad: "El PCE ha destrozado a más comunistas que la Policía de Franco". No hay opción, parecía decir Alba, entre Conesa y Carrillo. Los anglosajones miraban complacidos hacia la perspectiva de su próxima verdad histórica. ■ SILVESTRE CODAC.

de la vida de Wilde una suerte de apólogo, de cuento moral —o in-moral— muy parecido a los que elaboraba el propio Oscar. Ha visto a Wilde como héroe de su propia historia, a la par que autor de su tragedia; una tragedia donde la homosexualidad hace papel de destino, al que Wilde se abandona en un frenesí cada vez mayor. "Festejos con panteras", llamaba Oscar a sus cenas con muchachos del hampa, en los lugares más selectos de Londres; y no sabemos si, al hablar de panteras, se refería a los muchachos o a los censores que le contemplaban, furiosos, y que acabaron destrozándole, enviándole a la cárcel.

Y tras la prisión viene el largo camino hacia la muerte. Camino sereno de un hombre que ha dejado atrás toda esperanza. Wilde murió en la cárcel, y se sobrevivió dos años. Villena ha sabido descubrir, en esta última etapa del poeta, su voluntad de muerte, su pereza de vivir. Murió de abstinencia y de hastío, más que de cualquier otra enfermedad.

Junto a todo esto, nos faltan las impresiones críticas y analíticas de la corta obra literaria de Wilde, que esmalta e ilustran el relato de su vida y que acaban de redondear un libro ilustrativo y ejemplar. Nos ha mostrado a Wilde en sus espejos y en sus máscaras; y, a través de sus posturas, nos ha explicado también al escritor y a su obra. ■ EDUARDO HARO IBARS.

El feminismo como liberación

El gran problema que tiene planteado el feminismo a lo largo de su historia es la falta de una ideología concreta, de una definición de lo que la mujer es, no de lo que no es y, por tanto, no como opuesto al hombre ni como elemento comparativo. Se estudia su sexualidad, su capacidad intelectual (para algunos aún sigue vigente el Concilio de Trento), su desarrollo cognoscitivo; pero, veladamente, aparece la comparación o el sometimiento al otro sexo. V. Abril y M. J. Miranda (1) consideran que es imposible delimitar la realidad femenina en tanto la mujer no reciba una educación a nivel familiar y escolar en la que no exista

(1) "La liberación posible", de M. Victoria Abril y M. Jesús Miranda. Editorial Akal.



Hugh Thomas.



Raymond Carr.